

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Conrado hace un alto en el camino para encaramarse sobre el techo de su automóvil. El toscazo transportaba pasajeros y carga hacia otras regiones de Bolivia. Archivo: José Camarlinghi, 2006.



La imagen de la familia unida. De izquierda a derecha, Ada, Ana, Rosas, el pequeño Martín, José, María Lourdes y Conrado Camarlinghi. Archivo: José Camarlinghi, 2006.



Conrado posa satisfecho después de haber conseguido el primer lugar en la competencia motociclista de 1924.



El emprendedor transportista pasea en su moto Indian por los alrededores del barrio de Sopocachi. Archivo: José Camarlinghi, 2006.

A BORDO DEL "EXPRESO CAMARLINGHI"

Conrado creció con la certeza de haber nacido en un mundo distinto al de todo adolescente de su edad. En su casa de Florencia la melancolía y el abandono eran huéspedes permanentes y no había forma de persuadirlos para que abandonasen cuanto antes el lugar. Hasta el elegante reloj de la pared parecía cumplir un rol macabro al marcar con puntualidad horas y minutos desoladores. Pronto, la casa entera adquirió la frialdad y el silencio sepulcral de una cripta. No se vislumbraba ningún cambio en el interior, y los distintos ambientes del otrora dichoso hogar de los

Camarlinghi se empeñaban en mantener tibio y palpitante el recuerdo de la tragedia. Ésta había sucedido de golpe, sin previo aviso. El calendario todavía no señalaba el mes de la trágica muerte de su esposa, cuando, movido por la depresión y la angustia que carcomía su alma, el señor Camarlinghi optó por declararse inhábil para seguir viviendo en esta tierra y con sus propias manos le puso fin a su existencia dejando en la orfandad a seis hijos.

Así, abatidos y sin el entusiasmo que sus años juveniles les exigían, Conrado y sus cinco hermanos trataban inútilmente de buscar consuelo. Éste no demoró en llegar, algunos de los familiares más cercanos—conmovidos por los trágicos acontecimientos acaecidos en la familia—decidieron acudir en su auxilio para reacomodarlos en hogares distintos. Diseminados por Europa y América, los hermanos Camarlinghi hallaron con prontitud sentido a su existencia, aunque esto iba a tener un precio elevado, no volver a encontrarse nunca más.

Conrado viajó por muchos lugares antes de establecerse en las tierras altas de Bolivia. Su espíritu estaba fortificado y de su niñez en Florencia sólo quedaba un recuerdo amargo y tenue. Ahora debía empezar a amoldar su destino según su conveniencia. Ya había padecido demasiados sufrimientos y no podía quedarse con los brazos cruzados esperando que la dicha y la prosperidad arribasen solas y sin invitación alguna. Él, astuto e intrépido como una raposa dentro del gallinero, organizó sus ideas para engendrar un proyecto innovador y sin par. Trabajando duro por las mañanas y meditando concentrado por las noches, Conrado pudo, finalmente, establecer en 1929 la empresa Expreso Camarlinghi, negocio dedicado al transporte terrestre de pasajeros. El toscano conocía de motores y esta habilidad le fue sumamente útil a la hora de adquirir automóviles y camiones de alta capacidad y buen rendimiento. La prestigiosa marca de motorizados Saurer fue la elegida por el italiano para iniciar los constantes recorridos de La Paz a Cochabamba. Estos primeros viajes eran largos y agotadores, el camino, diseñado exclusivamente para aguantar las ruedas de una carreta, levantaba contrariado nubes espesas de polvo a cada arremetida del camión, provocando cierto malestar en los pasajeros. El florentino —tolerante y siempre de buen humor— sabía llevar las cuerdas de sus corceles con destreza cada vez que le tocaba conducirlos. Además, el novel transportista tenía más sorpresas debajo la manga. El ingenio agudo de Conrado le permitió acaparar una nueva ruta en su hoja de viaje. Con sus vehículos de alto tonelaje empezó a cubrir el tramo de Atocha a Uyuni transportando carga y pasajeros hacía la estación de trenes de esa pequeña localidad potosina. Los viajeros veían complacidos el servicio prestado por el italiano, ya que el ferrocarril proveniente de Buenos Aires los dejaba —maletas y todo— en Atocha y desde allí debían ingeniárselas para llegar a la gélida puna de Uyuni. En ese poblado se hacía regularmente la conexión de trenes para arribar a las demás ciudades bolivianas. Conrado sonreía gustoso, las ganancias se incrementaban y el prestigio de su empresa crecía, además tenía la posibilidad de recrear la vista con el paisaje y la fauna del altiplano. A menudo, el toscano solía distraer la vista con el vuelo sincronizado de las bandadas rosas de flamencos. Le costaba creer que esas aves de pico giboso y figura desgarrada coordinasen tan bien el vuelo cortando con sus irreverentes alas el aire de esas alturas inconmensurables.

Acostumbrado a lidiar con el clima hostil de las pampas altiplánicas y el ensimismamiento de los habitantes del ande boliviano, Conrado Camarlinghi comenzó a prefigurar una vida servicial en aquellas vecindades remotas y abandonadas de la mano de Dios. En 1932, cuando Bolivia y Paraguay derramaban dispendiosamente la sangre de sus hombres en las planicies ardientes del Chaco, Conrado ofreció un lote de camiones al ejército boliviano para transportar los víveres que las tropas necesitaban en el campo de batalla. Esta suerte de caravana humanitaria partía desde la ciudad de La Paz para llegar hasta la misma línea de guerra. Es de suponer que durante el viaje Conrado y sus conductores estaban expuestos a todo tipo de peligro, quizás el más serio, caer en una emboscada enemiga. El toscano no ponía reparos cuando de ayudar se trataba. Su compromiso con la causa boliviana iba en serio; por aquellos días nada le satisfacía más que transportar a la tropa en la carrocería de sus motorizados. Le gustaba sentirse útil y esta sensación le fortificaba el espíritu ante tanta adversidad padecida.

Incluso, durante las jornadas extensas de viaje hacía la región inhóspita del Chaco, Conrado no perdía la costumbre de escuchar con deleite el ronquido áspero que producían sus

vehículos cada vez que estos reiniciaban la marcha. Desde su arribo, el florentino había dispuesto un monto de dinero suficiente para adquirir una motocicleta Indian. Con ella paseaba envalentonado por las calles empinadas de la ciudad y su aventura terminaba, frecuentemente, en las laderas extremas del arrabal de Sopocachi. Allí, meditaba sereno mientras sus ojos se extraviaban en las atractivas cimas rojizas de los cerros del valle de Aranjuez. Casi siempre la contemplación panorámica del motociclista terminaba de forma abrupta gracias al mugido impertinente de las vacas que pacían por los alrededores.

A bordo de su moto, el italiano era indomable y temerario, condiciones decisivas cuando quiso romper límites y marcar registros. Audaz como pocos, Conrado se ganó el reconocimiento y la admiración del pueblo paceño un 12 de agosto de 1924, obteniendo el primer lugar en el campeonato interdepartamental (La Paz-Oruro) de motociclismo. Todo hacía pensar que su vida estaba ligada a un volante. Sin embargo, la historia de Conrado no sólo estaba compuesta por tuercas y carburadores, también jugaban un rol importante su esposa, Ana Rosas, y sus cuatro hijos: Ada, José, Martín y María Dolores. La familia boliviana que amaba por sobre todas las cosas.

El corazón de Conrado dejó de latir en 1937, ese día cesaron de funcionar los motores del Expreso Camarlinghi.